

Historiografía, hermenéutica e historia. Consideraciones varias *

Evelia Trejo

Instituto de Investigaciones Históricas
Universidad Nacional Autónoma de México

El registro de lo histórico corre por cuenta de las comunidades, pero en muchas ocasiones se sintetiza en la palabra de los historiadores. Y es mediante la palabra que se devuelve a las comunidades el significado de lo histórico. Cuando se toma conciencia de lo que hace el tiempo, que todo lo muda, todo lo mueve, todo lo desvanece, se intenta detener esa “tempestad del viento” mediante la palabra. Ese acto que supone todo un proceso de apropiación del pasado ha sido denominado *historiografía*. Hago aquí un alto para precisar algunas cuestiones sobre ella.

I

El término en sí ha sido definido de diferentes maneras.¹ Pero, a grandes rasgos saltan a la vista dos acepciones comunes de la palabra. Una, que colocaríamos en un primer nivel, simplemente apunta que por historiografía debemos entender *la producción escrita del conocimiento histórico*. Abundaremos más adelante en lo que esto supone. Otra, que situaríamos en un segundo nivel, indica que la palabra alude a *los profesionales de la historia* –aunque debiera decir, al trabajo de los profesionales de la historia–, al conjunto de historiadores que pueden distinguirse o formar unidades por los temas que cultivan, las tendencias que siguen, las ideologías que los marcan, etcétera.² Esta segunda acepción es la que permite la con-

* Conferencia dictada en la Facultad de Arquitectura de la UNAM como parte del ciclo “La teoría de la historia a través de sus principales tendencias y exponentes: la hermenéutica”.

¹ Tras la conferencia que dio lugar a este texto, presenté una ponencia que lleva por título “¿Definir o delimitar la historiografía?”, dentro de los trabajos de *La experiencia historiográfica. VIII Coloquio de Análisis Historiográfico*, organizado por el Seminario de Historiografía Mexicana del Programa de Teoría de la Historia e Historiografía del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM. En el texto, entregado para publicación, si bien se repiten varias de las definiciones que aquí cito, se busca un objetivo distinto al que aquí persigo.

² Frederic Chordá, Teodoro Martín e Isabel Rivero, *Diccionario de términos históricos y afines*, Madrid, Istmo, 1983 (Colección Fundamentos, 81) p. 157. Textualmente y a mi juicio de manera poco afortunada, dice que la palabra “Hace referencia a los profesionales de la historia o historiadores. Así alude a la historiografía de la Revolución francesa, medieval, española, del movimiento obrero, etcétera. Aquellos profesionales de la historia agrupados según unos presupuestos ideológicos, temáticos, geográficos o de una etapa histórica forman un conjunto de escritores a los cuales se debe gran parte del avance y progreso del conocimiento y reflexión sobre

cepción de la historiografía como un “Estudio crítico y bibliográfico de la historia como disciplina”,³ confundiendo así con algunas de las tareas que cumple lo que entendemos como teoría de la historia, o bien, como filosofía crítica de la historia. Sin embargo, cabe aclarar que es en esta acepción en la que encontramos un uso más extendido del término. Así, decimos historiografía novohispana, historiografía renacentista, historiografía de la Revolución Mexicana, historiografía positivista, historiografía historicista, historiografía ilustrada, historiografía decimonónica o historiografía del siglo XX.

Pese a que debemos admitir la utilidad de contar con un término que nos ayude a colocar en el centro de la atención un tema de estudio como éste, es decir, el quehacer mismo de los historiadores, la solución que le dan a sus esfuerzos, con las características que permiten agruparlos y distinguirlos, etcétera, es necesario reparar en que el contenido del término nos obliga a bajar al primer nivel: *Existe la Historiografía porque existen los historiadores que escriben la Historia*. Esto es, el historiador produce historiografía.

Así se entienden definiciones tales como: Historiografía es la producción escrita acerca de temas históricos.⁴ Historiografía es la palabra que designa el género literario o la ciencia que tiene por objeto la realidad histórica.⁵ O bien, la muy directa que coloca en primer término el *Diccionario de la Real Academia*: “Arte de escribir la historia”. En resumen, tenemos en el primer nivel la producción de conocimiento histórico y en el segundo el estudio de dicha producción.

Para determinar con mayor puntualidad la cuestión, hay que subrayar que el vocablo sólo tiene sentido si establecemos que la mencionada producción nos aparece como una unidad *escrita* que da cuenta del pasado. Gaos colabora en las precisiones cuando asegura acerca de las obras historiográficas que “Estas obras, como todas las de la misma índole, a saber, todas aquellas que tienen su expresión en la palabra escrita, son cuerpos de proposiciones en ciertas relaciones”. Y, aún más, que “Estas proposiciones, en sus relaciones, son las últimas unidades integrantes de la historiografía; las obras historiográficas mismas son unidades de orden superior”. “Unas y otras unidades, advierte Gaos, son las realidades integrantes de la realidad total de la historiografía que resultan susceptibles de un estudio más directo y riguroso y por las cuales debe iniciarse el estudio de la realidad total de la historiografía.”⁶

el pasado de la humanidad. En este sentido podemos concebir este concepto como la historia de los historiadores, agrupada según periodos, tendencias, países, etcétera”.

³ *Diccionario enciclopédico Grijalbo*, 1986. Añade a tal definición: “y sobre el conocimiento histórico en sí mismo”.

⁴ Josep Fontana, *Historia: análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona, Crítica, 1982 (Estudios y Ensayos), p. 9.

⁵ José Gaos, “Notas sobre la historiografía”, en Álvaro Matute, *La teoría de la historia en México 1940-1973*, México, Secretaría de Educación Pública, 1974, 208 p. (Sep-Setentas, 126), p. 66-93, p. 66.

⁶ *Ibidem*, p. 70. Aquí se encuentran todas estas citas.

Su recomendación –de ser tomada en cuenta– es la de establecer una relación directa con esas unidades de orden superior, esas obras de conocimiento sobre el pasado, antes de remontar el vuelo y ver en el panorama la historiografía como conjunto, antes de proceder a hacer su historia. Para ayudar a entablar dicha relación, Gaos se compromete con el estudio de lo que está convencido que define, en tanto que constituye, a la obra historiográfica. De allí habré de tomar algunos elementos, después de recorrer otros planos que me interesa esclarecer. Por ahora sólo anoto que una de las operaciones constitutivas de la historiografía es para él la hermenéutica.

Cierro por lo pronto este breve repertorio de definiciones destacando algunas más que me ayudan a abrir la pista de lo que quiero decir. Georges Lefebvre, en su curso convertido en libro, *El nacimiento de la historiografía moderna*, dice de la historia, utilizando aquí esta palabra claramente como sinónimo de historiografía y tomando como respaldo el *Diccionario de la Real Academia*, que es el relato de *las cosas dignas de recordarse*.⁷ Y Carbonell, a su vez, responde a la pregunta ¿qué es la historiografía? diciendo: “Nada más que la historia del discurso –*un discurso escrito y que dice ser cierto*– que los hombres han hecho sobre el pasado, sobre su pasado”.⁸

Recojo también, para valerme de ellas, dos proposiciones. La obra historiográfica es una realidad que puede estudiarse en su particularidad o como parte de un conjunto historiográfico que a su vez puede dar lugar a la historia de la historiografía. Una historia que, por cierto, desde sus comienzos, muestra, si queremos verlos, los rasgos que permiten vincular el quehacer del historiador con la hermenéutica. De ella me ocuparé sólo después de presentar algunas notas tomadas precisamente de la historia de la historiografía que resultan significativas para comprender mejor las relaciones entre la práctica de los historiadores y la propuesta que encierra el ejercicio de la interpretación.

II

Los primeros pasos de la historiografía que se suelen señalar ya dan cuenta de los distintos pareceres sobre esa actividad y sobre aquello de lo humano que debe abarcar. Una de las más tempranas expresiones sobre la finalidad del quehacer propio del indagador del pasado, consagrada de hecho como la primera, es muy clara en destacar el objetivo preciso.

Es ésta una exposición de la investigación de Heródoto de Halicarnaso, a fin de que *ni lo realizado por los hombres se desvanezca con el tiempo, ni*

⁷ Georges Lefebvre, *El nacimiento de la historiografía moderna*, trad. de Alberto Méndez, Barcelona, Martínez Roca, 1974, 342 p., p. 15.

⁸ Charles Olivier Carbonell, *La historiografía*, trad. de Aurelio Garzón del Camino, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, 164 p. (Breviarios, 353), p. 8.

*queden sin gloria las obras grandiosas y admirables, recogidas unas por los griegos y otras por los bárbaros; y también otra cosa por qué causas guerrearon unos con otros.*⁹

Quedaban planteadas allí, en el proemio de las *Historias* de Heródoto, las cuestiones centrales de la historiografía y de la hermenéutica. La palabra como el artificio para conjurar la acción del tiempo en la historia y la consigna de rescatar de todo precisamente lo admirable, sin desconocer por lo pronto que se anunciaba también, apenas dibujado, el problema que compartiría la historia con la filosofía: la averiguación del porqué de las cosas. O’Gorman subraya que, cuando Heródoto apunta su mirar, su indagar, su historiar, descubre el crecimiento y la caída de los hombres, de las ciudades, y con ello, la inestabilidad de las cosas humanas. Ante ello, y como sus antecesores y contemporáneos, se yergue, buscando por la razón un principio general, una causa. Pero, habrá otras ocasiones para seguir el rastro de esta preocupación central. Queda en claro por ahora que el historiador, indagador del pasado, no quiere que se olviden los hechos notables de los hombres y que recurre a la palabra para consignar lo averiguado.

Aquí, cabe otra pequeña desviación. Es preciso señalar cómo el historiador cumple su tarea provisto de algo más que un cuaderno de notas lleno de registros de lo ya ido; cómo resuelve ese dar cuenta de lo que “rescata” de los efectos de la memoria débil y el desgaste natural. Dar fe de lo ocurrido, no basta para hacer la historia. También en el principio de los tiempos de esta actividad se hace evidente el asunto de la disposición y el orden de la palabra. Como una cuestión que tendría que tratar por separado, igualmente dejó al margen los problemas que atañen a la composición de las historias.

Pero, sin ceder más a las tentaciones que ofrece encaminar la reflexión hacia las posibilidades de relacionar la historia con la filosofía o con la literatura, debo encaminarme al objetivo central: *el individuo historiador dando cuenta de lo importante en la vida de los hombres.*

¿Importante, a juicio de quién? Es la pregunta que en seguida asalta. Y allí, de inmediato, aparece el historiador como intérprete.

Lo que el padre de la historia, para no abandonarlo, hace puede ser resumido en breves líneas: Heródoto pinta las dos culturas antagónicas, Grecia y Persia, como polaridades históricas. No toma partido. Frente al bárbaro de tradición milenaria, rico y poderoso, está el griego que, aunque pobre e ignorante, es sagaz. Dice lo que fueron, los define, los expresa en un logos, en una palabra, da su razón y al hacerlo los deja vivos, efectivamente los salva del olvido. Mas en vista de que no puede indagar y hablar de todo lo sucedido, recoge aquello que sus informantes recuerdan y que a él interesa. Es decir, rememora algo del todo.

⁹ Heródoto, *Historias*, 3 t., introducción, versión, notas y comentarios de Arturo Ramírez Trejo, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, Centro de Estudios Clásicos, 1976, t. I, p. 1.

Lo primero que puede destacarse sobre este punto es que lo memorable es lo público. Lo que se nos quiere dar, y allí está su primera limitación. Lo íntimo, no confeso, es prácticamente imposible de registrar puesto que es muy probable que se ignore o se oculte. De lo público, según algunos juicios, es sólo lo extraordinario, lo que sobresale de lo cotidiano y común, lo grande y maravilloso, lo que tiene carácter de hazaña, de lo mejor, lo que la historia recupera. Esto, sin embargo, ofrece hoy en día más de una dificultad. Cuando menos, para ceñirme a una de tantas, insisto en preguntar: ¿qué es lo sobresaliente para los hombres?, hay algo sobresaliente en sí mismo o lo juzga como tal el intérprete. Ésa es una gran cuestión desde el momento mismo en que aparece la historia y es, de hecho, otra de las vías de acceso a la relación historia-filosofía.

Es decir, mientras que la cuestión de las causas mediatas e inmediatas lleva a un repertorio de temas propios de la filosofía, el otro vínculo, de hecho íntimamente conectado con éste, es el de la posibilidad de dar cuenta de lo que la realidad del pasado es.

En la certeza de que de todos modos lo que la historia recoge es lo público y lo extraordinario, está expresada buena parte del problema. Se dice de manera implícita que el historiador no está solo en la apreciación que hace de los sucesos. Es lo público, aquello en que más de uno se puede poner de acuerdo, lo que se convierte en motivo de atención.

En torno a este mismo punto, José Gaos junto a su aserto de que no todo lo pasado es igualmente histórico, señala que el historiador no puede menos que seleccionar, y que comúnmente la selección que hace es de lo memorable. Y precisa: “Los criterios de selección que los historiadores aplican, más o menos consciente y distintamente [...], son cardinalmente tres: el de lo *influyente*, lo decisivo, lo que ‘hace época’, en mayor o menor grado; el de lo más y mejor *representativo* de lo coetáneo; y el de lo persistente, lo *permanente*, el de lo pasado que no ha pasado totalmente, que sigue presente en lo presente”.¹⁰

Así pues, la historiografía desde su aparición en el siglo V a. C. da señales de que el hombre que decide hacerse cargo del pasado establece el compromiso de seleccionar con base en un juicio, consciente o no, aquello que considera digno de atención. Y en la tarea de significarlo no está solo; comparte mediante la curiosidad que lo invita a preguntar y la disposición de quien se presta a escuchar su respuesta, el ejercicio de hacer objetiva la memoria.

No es el caso repasar los episodios que hacen de la historia de la historiografía un repertorio de noticias para constatar el reto que supone para el historiador conformar el pasado, darle forma a partir de ese recurso de elegir lo memorable y convertirlo por medio del acto comunicativo en patrimonio de quien recibe su palabra. Sin embargo, la lista enorme de quienes en el tiempo han hecho de la escritura de la historia el arsenal de pasados con que la humanidad cuenta, permite asimismo que hoy en día, en este momento,elijamos algunos y junto a ellos

¹⁰ José Gaos, *op. cit.*, p. 76-77.

coloquemos además a otra especie asociada, la de los sujetos que paralelamente con los esfuerzos de esos productores de conocimiento histórico se pronunciaron alrededor de ese quehacer y lo fueron dotando de características, de exigencias y de fines.

Así, en la tradición romana a la que con frecuencia se desdeña en este campo, por motivos que sería largo enumerar, aparece el reclamo a quienes se obsesionan por recuperar el dato de lo ocurrido. En tiempos de la analística de Roma, Sempronio Aselio deja constancia en un fragmento de que

se impacientaba con la estrechez de miras de quienes no relacionan los episodios aislados de guerras y conquista con el tema más amplio de la política y que no muestran los motivos y razones por los que las cosas fueron hechas. Llama a estos anales “fábulas para niños”, indignas del término de historia. Porque los anales no pueden de ningún modo hacer que los hombres estén más dispuestos a defender a su patria, ni menos inclinados a hacer el mal.¹¹

Salta a la vista la exigencia, no es suficiente proceder al registro, es indispensable tener en consideración a los destinatarios del conocimiento. De ahí a la célebre consigna de Cicerón, no hay más que un paso. El orador dota a la historia de una misión que se le sigue demandando: “maestra de la vida” la llama entre otras cosas. Con esa sentencia que contrasta con tantas otras, la historia, y más propiamente, la historiografía, en el transcurso del tiempo se va haciendo de una suerte de ideario para la disciplina que la coloca por momentos en calidad de depositaria de la verdad, mientras que en otros la enfrenta a la inutilidad que tiene el alcanzarla.

En efecto, el bagaje que constituye lo que podemos entender como preceptiva para el trabajo del historiador está colmado de fórmulas que lo jalan para uno y otro rumbo. A la historia se le pide la verdad sobre el pasado en igual medida que se le conmina a prestar con ella un servicio a la humanidad. Verdad objetiva y a la vez útil. Tiene sentido regresar con esta perspectiva al tema del intérprete. Saber ver el pasado para reconstruir, representar, diremos hoy, aquello que *vale la pena* recordar, no es un asunto nuevo. No compete únicamente a quienes hoy en día suelen requerir a los estudiosos de las humanidades que esclarezcan su función en la ingente tarea de “resolver los problemas nacionales”. Mucho antes de que dichas formulaciones se pusieran en boga, los cultivadores del oficio, de uno u otro modo, han proporcionado argumentos que justifican su quehacer en el mundo. Han podido subrayar la importancia de ese saber ver y además han señalado a los destinatarios de sus afanes. Han elegido a su público, en el sentido de que sabiendo del potencial de su conocimiento han de ofrecerlo a quien más lo necesite. Tras el renacimiento, con la historia clásica a costas y sumada a ella el pensamiento cristiano, Jacques-Benigne Bossuet tuvo el propó-

¹¹ James T. Shotwell, *Historia de la historia en el mundo antiguo*, 1a. reimp., versión en español de Ramón Iglesia, México, Fondo de Cultura Económica, 1982, 430 p., p. 292-293.

sito de dejar a su pupilo, el supuesto futuro rey de Francia, las mejores lecciones que le podía legar, las de la historia. Enseñar a los gobernantes el pasado, o al menos intentarlo, se convierte en moneda corriente, pero lo que interesa es el contenido de la enseñanza. En su caso, era la demostración de la suerte de los imperios y de la permanencia de la religión lo que juzgaba no sólo valioso, sino imprescindible para el buen gobierno.

No quiero abandonar este apartado, sin hacer un último homenaje a José Gaos. Entre sus apreciaciones acerca de la obra historiográfica, tiene muy presente a quien llama el expresivo, es decir, el encargado de hacer patente lo expresado, pero puntualiza a la vez la existencia del comprensivo. Nuevamente tenemos a la vista ese triángulo en el que convergen un emisor, un mensaje y un receptor. Para que se establezca la corriente comunicativa implicada en cualquier forma de expresión se requiere de los tres elementos.

Ahora bien, es justamente en la operación hermenéutica, que forma parte del conjunto de las que lleva a cabo el historiador para coronar su obra, en donde adquiere pleno sentido el esfuerzo de indagar en lo ya ido, de proponerse la representación “verdadera” de una realidad asequible sólo por la palabra.

En su papel de intérprete de la realidad el historiador dota de significado y de sentido lo que parece desvinculado, inconexo. Si Francis Bacon, en el siglo XVII, en plena efervescencia del método distinguía tres formas de conocimiento: la poesía, la historia y la filosofía, y a la segunda le daba la memoria como única vía para hacerse de él, destinando la imaginación a la poesía y el entendimiento a la filosofía; en la práctica diaria, el historiador se vería y se sigue viendo como el sujeto que no puede atenerse de manera exclusiva a una herramienta, por más que ésta adquiriera tantas y tan variadas formas. Sólo con la memoria, ya lo he dicho, no llega a constituirse la historia. Imaginar y entender son acciones que integran su ejercicio.

III

Metodológicamente es visible la novedad que entraña el nacimiento de la historia. Desde su origen, está destinada a diferenciarse del quehacer del poeta, mas no a evitar a toda costa que algunas veces pretenda dar forma de poesía a sus saberes. El poeta canta su epopeya, ya sabe y relata lo que sabe. El historiador indaga, investiga de lo humano, sabe de lo humano, la historia es de hombres, y a sus acciones busca una respuesta racional. Ya he mencionado la condición que se le advierte desde los inicios; de manera velada o descubierta hace patente su afán previsor, su necesidad de ver antes. La apuesta es atinar a aquello que importa distinguir, a aquello que a más de conocer y entender pueda compartir.

La abundancia de aspectos de la realidad que han sido objeto de la curiosidad, de la indagación, de los afanes explicativos de los historiadores es inabarcable. Para fines prácticos se habla de predominio de historia política, de exclusión o in-

clusión del tema económico, de estrechez para medir la historia de la cultura, de amplitud para abarcar en ella todo género de expresiones de los hombres; en fin, por temas, el historiador no se detiene. Para cada uno de ellos, surgen recursos de fuentes y metodologías igualmente diversas. Las propuestas y disputas por cuáles y cuántas son necesarias para dar cuenta del pasado se multiplican con el paso del tiempo y el ejército de quienes ponen el ejemplo o disponen una norma.

Lo cierto es que casi cualquiera de los giros que toma la vida de los hombres se convierte en un tema susceptible de ser historiado. No han faltado caminos trillados y veredas apenas descubiertas que se anuncian como vías novedosas. Los requisitos para emprender el tránsito han variado más en lo aparente que en lo sustancial. El historiador pretende alcanzar un grado de verdad acerca de la realidad del pasado, desde tiempos remotos; para lograrlo afina instrumentos de crítica, también desde hace mucho; reconoce a la pluma el carácter de emisario formal de sus pesquisas, las más de las veces; pero el punto en el que pese a todo no le resulta fácil asumir su papel, es el que lo coloca en el difícil trance de interpretar el pasado. No en vano se han desplegado mecanismos de todo tipo para aproximarlo valiéndose de los más probados instrumentos de precisión. El apoyo de un sinnúmero de ciencias auxiliares es ya antiguo. Era patente el lugar que ocuparían para certificar verdades, desde el siglo XVII. Ni qué decir de las muestras que la historiografía ha dado de la atención que presta al buen uso del lenguaje. Jenofonte, César, Tito Livio y detrás de ellos muchos son ejemplos a considerar. El reconocimiento de los prosistas distinguidos en las lides de dar fe del pasado inmediato o lejano no se discute.

Es por ello que se debe insistir en que los historiadores han hecho de estos dos aspectos involucrados en su tarea el punto de apoyo que permite legitimar su quehacer. En medio de ambos, sin embargo, se encuentra a mi juicio el elemento sustancial: el individuo que, a sabiendas o no, hace suyo el deber de intérprete de lo que ya pasó. Porque se pone a prueba como tal, lleva a cabo una búsqueda incansante de los vestigios que le den razón de lo que fue; lo hace a la vez que teje con sus hallazgos la necesaria conexión de elementos para ver cristalizar una figura, una representación de algo susceptible de ser comunicado y comprendido.

¿Desde dónde lleva a efecto tal operación y para qué lo hace? Esto es materia de una indagación que yo por cierto no voy a pretender hacer aquí. Lo que sí quiero ir poniendo de relieve es que mientras la condición de intérprete no se convirtió en objeto de análisis, el historiador cumplió con ella y se expuso a las observaciones de sus pares y de sus oyentes y lectores, sin elevar demasiados muros para evitar el asalto. En cierta medida la admisión de sus mensajes por el respaldo de fuentes en que se amparaban era y sigue siendo una garantía para llevar con honra el nombre de historiador, como también lo ha sido generar escuchas porque las cosas que se dicen se dicen bien.

No obstante, la condición de intérprete de la realidad, como la de buscador de verdades y la de escritor de mensajes sobre el pasado, se ha convertido desde hace largo tiempo en un objeto de atención. Intérprete, hermeneuta de la historia,

es en el caso del sujeto que da razón de ella, una condición que en un extremo anima, pero en otro puede estorbar.

Me explico. El gozo de explicar la realidad que ya no está al alcance de la vista de cualquiera es grande, pero el hecho de que se repare en su condición de intérprete puede incluso generar incomodidad. En otras palabras, erigirse en intérprete de la historia bien vale el esfuerzo de perseguir vestigios y atar cabos, ser leído como un intérprete de la realidad del pasado con todo lo que eso implica, puede ser correr un riesgo innecesario. El descubrimiento (o debiéramos decir la invención) del sujeto como tal y las implicaciones de observarlo como sujeto cognoscente fueron algunos de los episodios que estaban destinados a perturbar la calma, de por sí difícil de conseguir en los terrenos del saber histórico. La hermenéutica, como añadido natural a las preocupaciones del hombre por el hombre, tarde o temprano habría de toparse con la historiografía.

IV

Las cuatro características de la historia, de que habla R. G. Collingwood en su *Idea de la historia*, para establecer su origen y, sobre todo, su distancia del mito y la poesía épica son: a) es científica, es decir, que comienza por hacer preguntas; b) es humanística, se pregunta por cosas hechas por el hombre en un tiempo preciso del pasado; c) es racional, las respuestas que ofrece tienen fundamentos, a saber, se aducen testimonios, y d) es una instancia de autorrevelación, es decir, existe con el fin de decirle al hombre lo que es, diciéndole lo que ha hecho.¹²

Me interesa de todas ellas reparar en la segunda y en la cuarta. La historia es humanística. Desde su aparición no ha hecho otra cosa que preguntarse por las cosas hechas por el hombre. ¿Cómo y para qué? De muy distintas maneras y con diversos fines. Con ellos ha dejado constancia escrita de su proceder con el pasado. La historia de la historiografía es un verdadero bosque.

Y, por otra parte, sí, la historiografía da fe de que se trata de una instancia de autorrevelación. Existe, como bien dice este autor inglés, tan en desuso hace algunos años y tan rescatable hoy, para decirle al hombre lo que es, diciéndole lo que ha hecho. ¿Cómo? A la manera de un intérprete que pretende conocer el argumento porque se dedica a leer con fruición las líneas del libreto. ¿Para qué? Muy probablemente para comunicarse con sus semejantes, para sobrevivir y dar motivos al hombre de continuar su historia.

Desde que el estudioso se diera con la hermenéutica la fórmula para situar el verdadero sentido de textos bíblicos y jurídicos, puso al servicio de quien ne-

¹² Vid. R. G. Collingwood, *Idea de la historia*, 3a. edición, revisada y aumentada, incluye las conferencias de 1926-1928, edición, prefacio e introducción de Jan van der Dussen, trad. de Edmundo O'Gorman, Jorge Hernández Campos, María Guadalupe Benítez Toriello y Juan José Utrilla, revisión de la trad. Rodrigo Díaz Maldonado, México, Fondo de Cultura Económica, 2004, 610 p. (Sección de Obras de Historia).

cesitara o quisiera valerse de ella, una poderosísima arma de batalla. Encontrar el sentido de lo que nos circunda como hombres no es ni cosa nueva, ni cosa fácil. Establecer la posibilidad de una vía para lograrlo se convierte por tanto en una especie de tentación difícil de evadir. Para hacer aún más atractiva la oferta, el camino que ha recorrido el asedio y el análisis del sujeto, de la lengua y del texto obliga a ver con simpatía, en los espacios de la historiografía, esta suerte de aliada que en una de sus caras se nos ofrece como reflejo mismo de nuestra humana condición, mientras que en otra parece decirnos que puede ser, esta vez sí, la vía más conveniente para hacernos patente y objetiva esa condición.

Cuando en el siglo XIX, en plena convicción de los historiadores de haber hallado métodos efectivos para el registro puntual y fiel del pasado, se inician las preguntas que, como un eco de lo dicho siglos atrás por Giambattista Vico, recuerdan la dificultad extrema de acercarse a aquello que el hombre no pone en evidencia. De llegar a tocar, a describir y a comprender la verdadera vivencia de lo humano, se abre una vez más la incertidumbre. ¿Hay con qué hacerlo? ¿Efectivamente puede llegarse así de lejos? El reto que se plantean los historiadores se vuelve a colocar sobre la mesa. ¿Qué de lo humano es perceptible?, ¿qué es útil?

El camino se extiende, hay que atrapar por vía de la empatía, en caso de que el método científico o la revelación no resulten amparos suficientes, lo verdadera y radicalmente humano. En el trayecto de Dilthey para acá se encuentra Heidegger y otros más. La historicidad del hombre no es que se descubra, es que se sube a la mesa del análisis. Para acertar en su tratamiento, de forma paralela crecen los recursos para medir la expresión, la del lenguaje escrito y, en general, las distintas expresiones de que es capaz el hombre.

Porque queremos penetrar el sentido de la palabra; porque pretendemos hacer nuestra por medio suyo la explicación de nuestra realidad; porque mediante la palabra hemos construido la historia que habitamos; porque la fijamos en textos, y porque concedemos que esos textos pueden explicarnos lo que hemos sido, encontramos en la hermenéutica una aliada. Tenemos la oportunidad de asumir nuestra condición de intérpretes, de relacionarnos con lo que fuimos y lo que somos. De comprendernos, de proponer nuestros significados y de reconocernos o no en ellos.

Dice Paul Ricoeur en una de sus muchas alusiones al punto: “La interpretación es el proceso por el cual, en el juego de preguntas y respuestas, los interlocutores determinan en común los valores contextuales que estructuran su conversación”. Así, nos deja en forma para volver a otras definiciones de historiografía y entablar con la práctica ya añeja de los historiadores una nueva conversación. □